

Schamburg

ESTADIA EN EL CASTILLO DE SCHAMBURG

Piedras feudales del castillo de Schamburg,
pulidas por un sol de hierro

a cuya luz

la liebre perseguida por los jinetes del Apocalipsis
corre extraviada hacia su perdición
por la ladera de la colina.

Un plátano saboreado del otro lado del océano
brilló de pronto a través de los muros,

y la memoria,

escarbando en lo alto del cielo,

inflamó de nuevo para mí

la visión de países calientes donde centelleaban
los espíritus

sobre cuerpos amantes que el viento perfumaba.

Rostros teutones, espuelas, relámpagos de picas y
alabardas,

con turbulentos sueños, rapiñas,

empuñadas espadas,

se fundieron de pronto en mi latido con la visión
de un cocotero,

las caricias de una mano cobriza,

y hombres y mujeres

con quienes fui disuelto como un fantasma entre las risas
de la lejanía.

Una serpiente sagrada

se deslizó por las troneras

hasta los heraldos del portal que sostenían antorchas.

No se está nunca en el lugar que se pisa,

lo vivido

distribuye sus pálidos vestigios por la tierra,

extrangula

como un gran don desesperado.

La violencia y la música del día:

la inextinguible fogata dentro de un sueño.